

EN TUS MANOS – JUNIO 2025

Desde la muerte del Papa Francisco el 21 de abril, me he encontrado reflexionando sobre su lema papal: “*Miserando atque eligendo*”, que básicamente se traduce como “lo miró con misericordia y lo eligió”. El Papa Francisco eligió este lema por primera vez cuando fue llamado a ser obispo en Argentina. Luego decidió mantener el mismo lema cuando fue llamado a servir como Obispo de Roma y Santo Padre de nuestra Iglesia.

El lema se deriva de una homilía que San Beda el Venerable predicó en la fiesta de San Mateo Apóstol. San Beda habló de la misericordia de Jesús hacia el publicano, eligiendo a Mateo para seguirlo. La experiencia de Mateo, como alguien que recibió misericordia y fue elegido, refleja la experiencia personal que el Papa Francisco tuvo de Jesús. Cuando era joven, Jorge Bergoglio tuvo su propia experiencia de la misericordia de Dios y de ser elegido. Fue a partir de esa experiencia personal que se encontró capaz de responder al llamado de pastorear la Iglesia y guiarla en la revelación del amor de Dios por el mundo, extendiendo la caridad y la compasión a todos. Su esperanza era que todos también pudieran llegar a experimentar un encuentro bendecido con la misericordia de Dios y la alegría de saber que Dios los ha elegido.

Cuando nuestros ojos se han abierto para ver cómo el Señor nos ha mostrado misericordia y nos ha elegido como sus discípulos, descubrimos cómo no sólo somos llamados sino también equipados para el servicio en la Iglesia. Ya sea que ese servicio se ofrezca como papa, obispo, sacerdote, diácono, religioso o laico, la experiencia es la misma. Nuestro llamado debe tener su raíz en un encuentro personal con Jesucristo. Ese encuentro con Jesucristo nos transformará y servirá para hacernos capaces de vivir las palabras del profeta Miqueas—actuar con justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con nuestro Dios. Sólo cuando estemos arraigados en el amor y tengamos la voluntad de mostrar misericordia, nuestro llamado verdaderamente

costrará vida. Si nuestro llamado nace del autoservicio o de la autopromoción, no encontraremos éxito en nuestro discipulado. Una experiencia de Cristo resucitado vivo y presente entre nosotros, revelado en el amor desinteresado y en los momentos de misericordia, será lo que nos anime y nos capacite para el servicio.

Yo era párroco de una parroquia en un suburbio de Chicago cuando el Papa Francisco se presentó al mundo después del cónclave de marzo de 2013. Desde el inicio de su pontificado, he sido testigo del compromiso del Papa Francisco de servir con humildad, de estar presente y acompañar a los demás con amor, y de ofrecer un poderoso testimonio de la verdad tanto con palabras como con hechos.

Hasta ahora, mi vida ha transcurrido bajo el cuidado de seis papas diferentes, cada uno de los cuales me ha desafiado a responder al llamado de Cristo que me fue dado por primera vez en el bautismo. Desde mi juventud, a lo largo de mi sacerdocio y ahora vivido como obispo, he sido invitado a unirme a la Iglesia en su esfuerzo por proclamar la Buena Nueva y construir el Reino de Dios. Así como cada papa ha dado su vida generosamente al servicio de la Iglesia, todos estamos invitados a hacer lo mismo para que nuestra Iglesia pueda cumplir su misión como una, santa, católica y apostólica.

Nos unimos ahora a nuestro pontífice recién elegido, fijando la mirada en el camino que tenemos por delante, confiados en que el Espíritu Santo continuará inspirándonos y guiándonos, sabiendo que hemos sido llamados y equipados para la obra del discipulado que se nos ha confiado este día.